

otra de un americano de México, cuyo testimonio no le debe ser sospechoso (2), no debe dudar que ninguno en la Nueva-España es más interesado en la felicidad de ella, ni la desea con más ardor, que su muy afecto amigo que

[2] El Lic. D. Carlos María Bustamante, cuyo patriotismo no ha desmentido hasta el día y con el mismo fuego que en sus primeros años.

ansia comprobar con obras esta verdad, y S. M. B.—Agustin de Iturbide.—Sr. D. Vicente Guerrero.

He aquí los preliminares para la más atrevida de las empresas. Iturbide y Guerrero iban á quedar convenidos...

México, Febrero 7 de 1844.

D. REVILLA.

REVITIDOS.

Siendo la siguiente novela y la poesia que insertamos á continuacion, propias del tiempo, por ser ambas de *Carnaval*, las damos lugar con el mayor gusto en las columnas de nuestro periódico.

EL CARNAVAL DE VENEZIA.

I.

MATRIMONIO DEL DUX Y DEL MAR.

El sol, disipando las nieblas del Adriático, se elevaba resplandeciente sobre el mar: gran festividad había en Venecia, un repique á vuelo de todas las campanas de los templos saludaba al día de la Ascension, y una multitud inmensa de gente ocupaba las calles, las plazas y los puentes. Todos se dirigian hácia el lugar donde el gigantesco Bucentauro (1) brillantemente decorado y adornado con guirnal-das y pabellones, esperaba al dux acompañado de su séquito. Las góndolas se resbalaban rápidamente por los canales, pues los remeros, cantando entusiasmados las octavas del Tasso, se apresuraban á llegar para colocarse al rededor del antiguo bajel veneciano. Las ventanas de la Procuraduría que daban á la plaza de San Marcos, estaban cubiertas de señoras ricamente vestidas, y de extranjeros que ha-

(1) El Bucentauro era un bajel del dux ricamente adornado con oro y finísimas telas. En la popa estaba una tienda de seda color de púrpura, decorada con el pabellon de la República y las armas del dux; y en la proa tenia grabada en oro la imágen de la justicia. El objeto á que estaba destinado, era la recepcion de los grandes señores y la fiesta del matrimonio del dux el día de la Ascension.

bían venido espresamente de todas las ciudades de Italia para ver la fiesta.

En medio de esta ruidosa multitud estaba un jóven cabisbajo y meditabundo, parado al pié de la columna que sostiene el famoso Leon de bronce; miraba con arrogancia, pero sin orgullo, á este pueblo agitado, y sus inciertas miradas parecían buscar una que respondiese á ellas, pues en medio de la multitud estaba solo. El regocijo público hacia gran impresion en su alma, y por un contraste singular le causaba tristeza.

Paolo Barozzi descendia de una de aquellas antiguas familias, cuyos gefes, bajo el nombre de Tribunos, gobernaron la República ántes de la eleccion del primer dux. Su madre, que disfrutó muy poco tiempo de la ternura de su esposo, fundaba todas sus esperanzas en este hijo único, digno ciertamente de su amor, pues reunia á las más brillantes cualidades, las ventajas de la belleza y de la juventud. Era instruido y valiente, ambas cosas poco comunes entre los venecianos nobles, y su corazon que aun no conocia al mundo, puro como el de un ángel, estaba lleno de sinceridad, dote tan estimable y precioso en el jóven, como el pudor en la doncella.

Ocupada su imaginacion con los preparativos de la fiesta, salió por la mañana, esperando di-

sipar con los acontecimientos del día la fastidiosa y monótona igualdad de su vida. Entraba en una edad en que la voz de una muger, el ruido de su traje, una respiracion suave y perfumada, una leve sonrisa, conmueven todos los sentidos. Su alma soñaba un ser ideal que tomase parte en los males y en los placeres de su existencia, y este ser encantador é imaginario aun no se presentaba á sus ojos; sin embargo, un secreto presentimiento alimentaba su esperanza.

Las guardias de la ciudad pusieron en órden al populacho, y la comitiva avanzó pausadamente. Los *Capeletes* y los *Mortacos* con mosquetes á la espalda marchaban al son de una música guerrera. Paolo entusiasmado, sintió repentinamente nacer en su alma el deseo de llevar un uniforme como el de estos; pero lo singular de él y la mezcla de colores verde y encarnado, desterró prontamente su deseo.

Sonaron las trompetas, y los coraceros montados en caballos negros como el azabache, comenzaron á marchar. El jóven veneciano pensó por un instante, que un casco y una coraza no le fatigarian mucho; pero oyó la voz del oficial que reprendia á un soldado, cuyo fogoso caballo se salia de la línea, y le pudo infinito que un hombre fuese responsable de los caprichos de un animal.

En seguida pasaron los magistrados de la ciudad en traje de ceremonia: iban seguidos de los auditores y de los proveedores, vestidos con trajes morados y capas de armiño. Paolo se figuró que podia muy bien consistir la felicidad en administrar justicia: su alma tierna se llenaba de júbilo al pensar en las virtudes de los magistrados: pero cuando vió á un antiguo proveedor, que á pesar de sus numerosas prevaricaciones no habia sido excluido del tribunal, volvió los ojos á otra parte.

En este momento aparecieron los miembros que componian el senado de Venecia, dividido en cinco clases como la nobleza. En la primera fila marchaban orgullosamente los caballeros de la estola de oro. Paolo, al notar el fastidio que mostraban sus colegas en sus semblantes, se alegró de no haber hecho uso del derecho que le concedia su nacimiento para preceder al dux en esta ceremonia pública.

Los gritos del pueblo anunciaron que el príncipe de la república se aproximaba. El dux iba acompañado de su canceller, del capitán general de marina y de sus consejeros. El cuerno ducal, emblema de la fuerza y del poder, coronaba su frente, rodeada de una faja de lino; algunos esclavos llevaban su manto de

brocado, un magistrado conducia la vara de oro que le servia de cetro, y un oficial su espada, de la que tan pocas veces hacia uso. Paolo vió con indecible ternura y respeto á este venerable anciano, agobiado por los años, destruido por el trabajo, y rugada su espaciosa frente por los pesares, esforzarse en mostrar al pueblo un semblante apacible y risueño, y arastrarse hácia el mar, mas bien como un criminal que marcha al patibulo que como un príncipe que va á encontrar á su esposa.

Sucedió á los estrepitosos clamores que reinaban el más profundo silencio. Algunos hombres vestidos de negro marchaban gravemente en medio de la multitud, la que sin que interviniese la tropa, se habia retirado voluntariamente á cierta distancia, para dejarles el paso libre. Este era el cuerpo de los inquisidores de estado, el famoso consejo de los diez, más temible que el terrible tribunal de la Inquisicion portuguesa. Paolo hubiera tal vez conservado el deseo de ser árbitro de la vida y de la fortuna de sus conciudadanos, pero este recibimiento tan frio, y el temor que el pueblo manifestaba á sus tiranos, disiparon completamente su ambicion. Tan luego como los inquisidores pasaron, volvió á manifestarse el gozo en los semblantes, y todos dirigian la vista al Bucentauro.

El dux estaba parado en la popa, mientras que el patriarca bendecia el mar Adriático. Paolo, al oír pronunciar la fórmula latina del matrimonio, se sonrió, y no pudo ménos que levantar los hombros cuando el pueblo anunció con sus voces que el anillo nupcial habia sido arrojado á las olas.

Luego que concluyó la ceremonia se retiró el jóven de la plaza de San Marcos, y caminaba muy pensativo, cuando un esclavo africano al pasar junto á él lo empujó y lo hizo vacilar. Paolo se volvió hácia él con la amenaza en los labios, y llevando la mano al puño de su espada; pero una jóven cubierta con un velo seguia al esclavo, y una mirada de sus ojos, que brillaban como luceros, bastó para calmar su furor, y la cedió cortesmente el paso. El velo no era tan tupido que impidiese percibir que una sonrisa habia sido el pago de su cortesania, y sin reflexionar Paolo se lanza tras de la incógnita, admirando su elegante y airoso talle y su gracioso modo de andar. Al voltear una calle, el viento del mar arrebató el velo que estaba sin duda mal prendido, y Paolo tuvo la dicha de cojerlo cuando iba á caer en un canal, y adelantándose lo puso en las manos de la bella incógnita, sin proferir una palabra.

Desde este día comenzó una nueva existen-

cia para Paolo. Parece que la joven no lo había visto sin interés, y la madre de Barozzi no volvió á oír como ántes á la hora de dormirse las alegres sonatas que su hijo tocaba en la guitarra. La hermosa Clara, viuda á los veintidos años de edad, y hermana de un senador de los mas ricos, fué la primera que notó este silencio, pues ya no había vuelto á escuchar aquellas canciones que repetía en voz baja, acompañada con su bandolina; en vano sus ojos habían buscado por la tarde en el terrado de la casa vecina al que con su armoniosa voz había turbado su corazón. Muchas noches seguidas, la luna había bañado con su argentada luz ese punto, sin que la sombra del joven se prolongase hasta su solitario aposento; esta ausencia la llenó de aflicción y la hizo derramar algunas lágrimas. Un hombre á quien ella había encargado espíase á Barozzi en sus expediciones nocturnas, nada había podido descubrir, pues Paolo, creyendo que su madre hacía que lo vigilasen, había tomado sus precauciones.

II.

EL BAILE.

Después de algunos meses llegó el carnaval, época tan famosa y divertida en Venecia: venían en abundancia extranjeros de todos los países, y se hallaban reunidos el grave alemán, el taciturno inglés, el orgulloso español, el vengativo napolitano, y el aturdido francés, que estaba en medio de ellos sirviendo como lazo que unía á tantos pueblos de diferentes gustos, é idiomas. En este tiempo de alegría parece que el veneciano pierde su desconfianza acostumbrada; los maridos son menos celosos, las mugeres mas libres y menos reservadas; hasta los magistrados abandonan durante las fiestas su tiránica vigilancia; pues los bailes y demás puntos de reunión se convierten el miércoles de ceniza en asilos tan seguros como los templos. Los únicos que vigilan son los inquisidores de Estado.

Los bailes de máscara son una de las diversiones que mas gusta en estos tiempos de verdadera locura. Una de estas noches se vistió Paolo con un traje turco, se puso un turbante de abuchados, unos pantalones muy anchos y una chaquetita bordada; ciñó su cintura con una banda donde colocó un puñal acerado; se embobó en una ancha capa listada de azul y blanco, y se encaminó al teatro.

Clara estaba advertida de todos estos preparativos.—

Luego que Paolo entró á la sala, le rodearon muchos máscaras, atraídos por la riqueza de su vestido. El arlequin de Bérnago, jugando con su fieltro y su raqueta lo cumplimentaba haciendo piruetas. El Polichinela napolitano, le manifestó lo satisfactoria que le era su venida, y abriendo sus brazos quería abrazarlo á pesar de su voluminoso vientre. El pantalon de Venecia, le preguntó con gravedad si sabía hacer uso de su puñal que brillaba con tanta pedrería, mientras que el Pierrot-frances se mofaba de la pequeñez de su chaqueta y de la inmensidad de sus pantalones. Paolo que había venido al baile con motivo de una cita, contestó á todos no muy políticamente, y se marchó sin hacerles caso. Atravesaba ansioso por entre la multitud para llegar al punto designado, cuando se sintió asido por la mano de un negro esclavo que tenía en el cuello un ancho collar de oro, y le dijo inclinándose.—“Su alteza ordena que salgas al punto para el lugar designado, pues ya “la hora se acerca.”—“Así lo haré,” contestó Paolo maquinalmente, pues estaba pensando en la que lo aguardaba.—Llega al fin, y en lugar de un dominó rosa, vé dos, uno de este color y otro blanco. El dominó rosa, al punto que lo distinguió, se levantó y tomó su brazo; se iban alejando cuando el dominó blanco asiéndole el otro le dijo. “He de quedar solo en la cita?”—“Te engañas, máscara” contestó Paolo admirado. “Engañarme yo, ¡pérfido! si no me habías “de reconocer para que me has hecho venir?” El dominó rosa al oír estas palabras iba á soltar el brazo de Paolo, pero este lo detuvo con fuerza, y encarándose al dominó incógnito le dijo con enfado. “¡Mientes!”—“Yo mentir, respondió el obstinado dominó blanco,” que nos sirva de juez este dominó rosa; “dime si te despojo de esa capa azul y blanca, de ese traje “turco que no estás acostumbrado á manejar, “de esa máscara cuyos largos bigotes tienen “muy poca semejanza con tu cara lampiña “como la palma de la mano, no aparecerá el “hijo de Matilde?” “Mi madre! exclamó Paolo.—“No puedes ocultarte, dominó rosa, ten “cuidado, no te engañe como á mí, y tú Paolo, “sabe que cuando una muger ama verdaderamente no tiene temor de confesar quien es su amante. ¡Adios!”

Paolo tuvo mucha dificultad en convencer á la que amaba de que no existía entre él y el dominó relacion alguna, y para disipar el efecto de las amenazantes palabras que la máscara le había dirigido. Pero al fin lo consiguió, pues era amado, y rara vez acompañan los celos al primer amor: pero las últimas palabras de la

incógnita resonaban aun en sus oídos.—“En fin, encanto mio, prorumpió, ¿qué debo pensar?” “Desdeñarás el amor mas tierno y te avergonzarás de tener un amante demasiado “joven aún para encontrar la ocasion de mostrarse digno de tu eleccion?”—“Paolo” respondió la joven, tu sospecha me destroza el corazón y tu desconfianza me sorprende, ¿acaso “puedes echarme algo en cara cuando arrojando todos los peligros, he abandonado esta noche el palacio de mi padre para darte “una prueba del amor de que dudabas?”—“Encantadora Rosa,—perdóname, pero tanta belleza tiene mucho atractivo y debo temer inumerables rivales.”—“Y aun cuando el número fuese mayor que los máscaras aturdidos que ocupan esta sala, dijo Rosa con una voz “severa. ¿Cuál es tu temor, amigo mio?”—“Oh Rosa! no te irrites, pero tu amor es tan precioso.....

„Por la noche al pié de ese elevado balcon, „cuando el bramido de las olas y el impetuoso „soplo del viento impiden llegar á mis oídos tus „dulces palabras, ¿por qué, dime, por qué me „obligas á callar un amor que me enorgullece? Oh Rosa, si no te avergüenzas de tu „amante, ¿por qué no cumples la promesa, esa „promesa tan cara y que te he recordado tan „frecuentemente? ¿Por qué no consientes en „ser mia por medio de un vínculo sagrado?” Rosa le interrumpió.—„Insensato, no me conoces, ignoras quien soy y qué clase de hombre es mi padre, y así quieres enlazarte con „migo! no te basta mi amor.... pues bien, tus „deseos serán satisfechos. Nos uniremos por „medio de una cadena mas pesada que la del „amor: solamente exijo de tí una promesa; „väs á saber mi nombre, el de mi padre que es „tan temido, y mañana al amanecer estarán „encendidos los cirios de la capilla, y el capellán ante el sagrado altar nos dará las manos „pronunciando las santas palabras de esta ceremonia; pero exijo que bajo juramento me „prometas....—Cuanto quieras, bien mio.— „Que nunca reveles nuestro matrimonio.— „Lo juro por la Virgen y el santo de mi nombre.” exclamó Paolo trasportado. En este momento se acercaron á ellos muchas personas de las que se habían alejado durante su conversacion, y que seguían tenazmente á una gitana que por el tono decidido de sus palabras y su voz sonora excitaba la risa general. Cada máscara recibía de ella una predicción muy severa, ó un sangriento epigrama. „Quiero hablar con este enviado del Gran Señor,” exclamó en alta voz, y acercándose á los dos

amantes, tomó las manos de Paolo y permaneció un rato en silencio fijando sus negros ojos en los del joven, que se quedó asombrado de sus ardientes miradas, y haciendo como que consultaba las rayas misteriosas de sus manos, exclamó: „desventurado joven, väs á cometer una necedad,” y sin dar lugar á que Paolo la replicase, tomó el brazo de un senador, de aspecto grave, á quien conoció á pesar de su disfraz, y le anunció en alta voz que aunque había dejado á su muger sola en su casa, la encontraría en el baile perfectamente acompañada.

Paolo y Rosa se quedaron mudos y pensativos, pues la gitana había pronunciado estas palabras en un todo singular. Sin embargo, el tiempo avanzaba, las cuatro acababan de dar y Paolo recordó á Rosa la promesa que acababa de hacerle. La joven se dejó conducir fuera de la sala.

La noche estaba oscura, ni una estrella brillaba en el vasto firmamento, cargado de negros nubarrones. Venecia, que por la mañana estaba tan brillante, cuando al salir el sol abraza con sus rayos al Adriático, y dora las cúpulas de los grandiosos monumentos; Venecia que para dar un testimonio del poder de los hombres contra el impetu de las olas, se levanta magestuosa en medio de ellas, estaba envuelta en las tinieblas, y apenas se dejaba ver confusamente. Una niebla muy densa cubría las calles, los canales y las casas, y si en medio de la oscuridad se divisaba la fachada de algun gran edificio alumbrada por la luz de las bujías del baile, de léjos y en medio de este mar agitado por los vientos, parecia un gran precipicio, destrozado por las olas y alumbrado por la caritativa mano de algun habitante de la costa. Rosa iba diciendo á Paolo su nombre, hablándole de su fortuna, de la severidad de su padre y de la perfidia de su madrastra. Lo horroroso de la noche aumentó considerablemente la angustia y sobresalto de su corazón por el paso tan atrevido que había dado. Algunas veces interrumpía su relacion y echaba miradas inquietas á su rededor. Paolo caminaba con precaucion teniendo la mano sobre su puñal, y lleno de gozo había levantado su capa para preservar de la humedad de la niebla á un objeto tan caro, y se extasiaba á sentir los latidos del corazón de Rosa junto á suyo. Ya estaban léjos del baile, y la oscuridad que iba en aumento les impedia ver por donde andaban. Unas veces el ruido que hacían los pabellones sacudidos por el viento, y otras el de los remos de alguna góndola que

pasaba por el canal vecino, rozando apenas la superficie de las aguas, era lo único que turbaba tan profundo silencio.

La débil luz colocada en la popa y su marcha silenciosa traían á la mente el recuerdo de la barca fatal del infierno pagano. Paolo buscó en vano un puente por donde pasar al otro lado, á donde Rosa queria conducirlo; pero la isla en que estaban, no tenia absolutamente comunicacion con el resto de la ciudad, mas que por un puente situado frente al salon del baile. Cuando se acordaron de esto, iban á retroceder; pero oyeron á poca distancia los pasos de un hombre. Se pararon para que pasase, y el incógnito hizo tambien alto, volvieron á andar, y él hizo lo mismo, se detuvieron de nuevo, y tambien se detuvo. Entónces creyeron que los seguían, y Rosa temiendo ser conocida, se puso demudada y convulsa. Paolo iba ya á hacer uso de su puñal para quedar libre de este importuno vigilante, cuando vió una góndola parada, donde entró con Rosa. Su traje llamó la atencion del gondolero, quien quitándose respetuosamente la gorra de lana, los recibió en su barca, y en breve se alejaron de la orilla. Al cabo de algunos minutos se detuvieron delante de una plaza; el gondolero bajó una tabla, y sin despegar los labios ofreció su mano á Paolo para que saliese. Luego que desembarcaron, echó este una bolsa con dinero en la góndola, la que continuó navegando.

Asombrados los dos amantes de una partida tan rápida, procuraron reconocer el lugar en que se hallaban. Al extremo de la plaza estaba un palacio iluminado por algunas luces. En este instante el hombre que los habia seguido en la isla, se encontraba á su lado. Rosa condujo á Paolo y ambos entraron en el patio del palacio, que reconoció el jóven veneciano por la habitacion del embajador de España, pero olvidó las severas leyes de su patria, y guiado por su futura esposa, desapareció con ella por una oscura galería.

III.

EL CONSEJO DE LOS DIEZ.

Paolo habia dejado su disfraz, y á la mañana siguiente saltó con ayuda de una escala de cuerda por la pared de uno de los jardines del palacio. Al separarse de su amante, su despedida fué tan tierna como si fuese la última, con el corazon lleno de gozo entró en su casa. Su vuelta habia comenzado á calmar la angustia de su pobre madre, cuando un tropel de solda-

dos se introdujo hasta su habitacion, y en nombre del consejo de los diez prendieron á Paolo. Matilde, al oír este terrible nombre, cayó sin sentido, y Paolo atónito se dejó conducir

Una silla de posta cubierta con un velo negro estaba á la puerta, lo hicieron entrar en ella y marcharon. A poco andar hizo alto y se abrió una puerta por la que entró Paolo inclinando la cabeza, conducido por dos esbirros; atravesaron varios salones muy vastos y poco alumbrados, por donde se paseaban como sombras algunas guardias vestidas de negro, este era el uniforme de los Inquisidores de Estado.

Entraron á un salon donde vió Paolo reunido al rededor de una mesa al severo tribunal: se sentó en un banco frente de los jueces, y los dos esbirros que lo habian conducido permanecieron en pié á su lado, apoyados sobre sus picas.—„Paolo Barozzi,” dijo una voz, „habeis pasado la noche última en el baile de máscaras.”—„Sí, contestó el jóven, „¿acaso es un crimen, y por esto se prende á un senador, al nieto de un antiguo tribuno, por haber concurrido á una fiesta que forma en Venecia de venecianos y extranjeros solo un pueblo?

Sin responder á esta pregunta, prosiguió la misma voz.—„¿No teniais un vestido musulmán? ¿No se ballaba en el salon un esclavo, que os habló? ¿No habeis salido acompañado de una persona? ¿No os esperaba una góndola en el canal? ¿No habeis desembarcado en la plaza de Santa Maria?—Es cierto, ¿por ventura es un crimen?—No habeis entrado al palacio del embajador español? ¿Dónde os quedasteis hasta esta noche?—Es verdad, ¿hay en eso algun crimen?—Paolo Barozzi, el hijo de un antiguo tribuno ¿ignora las leyes de Venecia?—No me quedé en casa del embajador.—¿Pues dónde estabais? Esta palabra le recordó el juramento que habia hecho y calló.—„¿Dónde estabais, pues?” repitió el interrogante. „El consejo supremo de los diez, Inquisidores de Estado, ordena que digáis la verdad. Y no ignorais el castigo que debeis aguardar por vuestro crimen. El artículo 102 de la ley dice: *que será condenado á muerte el noble veneciano que hubiese comunicado con un embajador extranjero sin declarar al tribunal el motivo de su visita.* Hablad, ¿dónde estabais?—No puedo decirlo.—Reflexionad, la ley es irrevocable.—Paolo calló y fijó los ojos en un anillo que no tenia en el dedo la vispera en la noche. El interrogante repitió su pregunta.—„No estuve en casa del embajador, lo juro por la madre de Dios.—El tribunal no exige de vos un juramento, replicó el

inquisidor, sino que digais el lugar donde estabais.—El silencio reinó de nuevo, el Inquisidor hizo por tercera vez la misma pregunta, á que Paolo no contestó. Uno de los jueces se compadeció de su juventud y le dijo: Paolo, nuestra sentencia aun no está pronunciada, decidnos donde estabais.—Paolo permaneció en silencio.—Entónces se levantó el gefe de los Inquisidores y los jueces se pusieron á hablar en voz baja. A una señal sacaron del salon al acusado.... Jamas se supo donde habia pasado Paolo el resto de la noche del baile, ni qué esposa habia recibido en sus brazos. No se supo tampoco su paradero. Se dice que algunos dias despues del Carnaval, la hija única

del dux, pasándose en el jardín de uno de los palacios de su padre que daba á la orilla del mar, despues de una fuerte tempestad que habia levantado las olas del Adriático, divisó sobre la arena un saco de cuero, lo hizo abrir y contenia un cadáver degollado. Este cadáver estaba enteramente desnudo, pero en un dedo tenia un anillo que le fué entregado. Se dice que desde este dia se vistió de luto y murió antes que acabase el año. La madre de Paolo Barozzi cesó de vivir el mismo dia que arrancaron de su lado á su querido hijo.

TRAD. POR L. M.

CARNAVAL.

Á MI AMIGO EL TENIENTE DE ARTILLERIA, MIGUEL BADILLO,

¡Sus, bellas, acercaos; venid, encantadoras, incomprensibles formas, á iluminarme á mi; dejad á vuestras mudas parejas danzadoras, la dicha y los amores os cantaré yo aqui.

Yo soy vuestro poeta; yo canto de las bellas las celestiales gracias, y el virginal amor; y al lado de vosotras, rodeado de botellas yo bebo entusiasmado mi inspiracion mejor.

Aumenten vuestras danzas el brillo de mi orgia; ¡oh revoltosas driadas, antorchas de mi fé: las damas mas hermosas de toda la Georgia envidian vuestros talles y vuestro breve pié.

Al mágico reclamo, venid de las botellas; no hay penas, ni amarguras al frente de un li-
(cor....
venios á arrullarme con el estruendo de ellas, fantásticas mugeres, hidrópicas de amor.

Si á alguno le fastidia de vuestro gozo en medio el ruido que produce vuestro gentil tropel, dejadle que se muera de consuncion y tedio.... yo vivo entre vosotras con el estruendo dél.

Venid, venid, oh bellas! mirad como preñados los vasos acrecientan su igual fermentacion; á su imperioso influjo los males, olvidados, no acosan y atormentan mi inmenso corazon.

¡Venid, yo os idolatro! por Dios que sois her-
(mosas.
si pinta con colores de rosa vuestra tez, el muelle movimiento de danzas voluptuosas que enciende los vapores del vívido Jerez.

Dejad á los que piensen gravar sobre la historia un punto que recuerde su ingrata ocupacion... ¡Imbéciles! sedientos de un nombre y de una
(gloria
las páginas registran de un rancio cronicón!

Así su edad de flores inadvertido pierde las raíces hollando de su fugaz vergel; en la vejez, acaso de su vergel se acuerde, y entónces... ¡será tarde!... se encontrará sin él!

A fuerza de trabajos, tal vez alcance un hombre sobre un coloso enorme su fama cimentar; todo esto ¿qué le importa si al acabo su re-
(nombre
no puede, ni su fama, gozarse en contemplar?

Por una gloria... inutil, que su razon perturba
sin conocer el mundo vá á conocer su fin,
y escrupuloso evita la bulliciosa turba
que lúbrica se embriaga de amor en un festin....

Bebamos ¡ay! y amemos, mientras se muestre
(el mundo.
á nuestra escasa vista bajo el florido abril.....
¿Qué falta á nuestra dicha?... la mia solo fundo
en los livianos goces de mi ilusion febril.

El ruido de tus órgias.... tus célicas mugeres,
serán de hoy mas, oh mundo, mi porvenir....
(mi ser....

mis horas de existencia... de lánguidos placeres
las en que pueda mi alma del manantial beber.

¡Mugeres! de los moros envidio la inconstancia
para poder amaros, como quisiera yo;
á todas os amára, y entónces de mi infancia
los tiempos ya perdidos, no me inquietaran, no.

Tambien la pompa envidio de la *pasada* Italia,
y sus festivas danzas, y su florido Edem;
y al perezoso turco, la atmósfera de algalia
que la estension ocupa de su templado harem...

¡Venecia! no te pido ni góndolas, ni barcos,
ni tus bronceas bocas, ni tu mansion Ducal;
pero poseer quisiera tu plaza de San Márcos
para gozar en ella tu eterno *Carnaval*.

Tu pompa es la que envidio; tus largos corre-
(dores.
Tu ruido, y tus festines, tus franjas de tisú;

tambien para mis órgias te envidio tus licores...
La *Lacríma*, y el *Chipre* con que te embriagas
tú....

Que verme en los festines rodeado de mugeres
será en lo sucesivo mi porvenir.... mi ser....
mis horas de existencia.... de lánguidos placeres
serán las en que pueda del manantial beber.

Las bellas que me cercan serán mis esperanzas
hasta que el cano tiempo destruya mi jardin....
¡Venid en torno mio! vuestras ligeras danzas
aumenten la algazara del báquico festin!

Venid, que con vosotras, envidio solamente
á Italia sus festines, que sus mugeres, no;
si envidio la inconstancia de la Odalisca gente
es solo para amaros como quisiera yo.

Fugaces ilusiones el *Carnaval* risueño
con sus alegres danzas, encantador nos trae....
¡Feliz el que al impulso de un apacible sueño,
rendido y sin recuerdos sobre su lecho cae!

Pero ¡ay! desventurado del que en el alma lleva
clavado un fiero dardo que empozoñado está,
y lleno el pensamiento de una esperanza nueva
que ni camino cierto, ni término tendrá....

Oid, oid, oh bellas, á vuestro amante bardo;
venid en bullicioso, tropel encantador;
si entusiasmado canto vuestro festin gallardo
no pido mas en pago que vuestro eterno amor.

A. RIVERO.

